



Desde
12
años

PLANETA

VERDE

YO, LA POLA

FLOR ROMERO

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: Dana Sanmar

© 2015, Flor Romero

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4652-3

ISBN 10: 958-42-4652-6

Primera edición en esta colección: octubre de 2015

Segunda edición en esta colección: septiembre de 2016

Tercera edición en esta colección: junio de 2017

Cuarta edición en esta colección: febrero de 2018

Quinta edición en esta colección: enero de 2019

Sexta edición en esta colección: enero de 2020

Séptima edición en esta colección: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

FLOR ROMERO (biografía)

Nació en La Paz de Calamoima (Guaduas, Colombia).
Obtuvo la licenciatura en comunicación en la Universidad Javeriana de Bogotá. Estudió ciencias políticas en la Universidad de La Sorbona, París. Fundadora de la Unión de Escritores de América (Uneda), de la cual es presidenta. Ha publicado 43 libros entre novelas, biografías, ensayos y cuentos. Siete obras suyas han sido traducidas al francés, entre ellas *Triquitraques del trópico* (*Crépitant tropique*), incluida en la colección *Obras Representativas de la Unesco*. Finalista en varias ocasiones del Premio Planeta Internacional de Novela. Con Editorial Planeta ha publicado *América cuenta sus mitos*, *El amor es un mito* y la trilogía autobiográfica *Detrás del antifaz*, *El hechizo del destino* y *París, la bienamada*.

ÍNDICE

Que me fusilen ya mismo... ..	11
La Pola, alejo y el valle iluminado	25
Los tejemanejes del arzobispo	33
El pintor de flores	43
Las fantasías de pola corren como lagartijas.....	51
Las preguntas de la criolla a la virreina	57
Las nieblas del amor.....	67
Trajes, aguardiente, informes y canto	73
La mata de guadua junto al ojo de agua ...	83
El idilio de las lagartijas.....	95
El amor es bendición y desastre.....	103
El sordo rumor de la represalia.....	113

El florero de la Pola	121
La muchacha del traje blanco	129
Las dudas de la vida y las esquivas posibilidades	137
La piedra capira de los panches.....	145
Siento que soy vigilada.....	161
Los muros oyen.....	169
Soldados a medianoche.....	177
Y yo me llamo Policarpa Salavarrieta.....	189
Un domingo distinto	197

*Estas cartas son de mi puño y letra,
y yo me llamo Policarpa Salavarrieta,
portaestandarte de la revolución americana.*

POLICARPA SALAVARRIETA

QUE ME FUSILEN YA MISMO...

Serían las nueve de una gélida mañana bogotana, cuando Policarpa, vendada con un pañuelo oscuro, de espaldas al pelotón de fusilamiento, y ante una multitud que se apeñuscaba en la Plaza Mayor para presenciar el sacrificio de la joven patriota, se arrodilló en el banquillo.

Vestía una saya de zaraza azul oscura, mantilla de paño azul, y los cabellos largos al aire. Con lazos fue atada; una leve llovizna se cernía sobre Santa Fe, atemorizada por el férreo régimen del terror; los cerros de Guadalupe y Monserrate estaban nublados; se escucharon seis balazos certeros que rompieron el acerado cielo, haciendo temblar los colibríes y cortando su aliento.

Su vida se extinguía ante la mirada aterrada de los otros condenados a muerte, sus compañeros de causa: su novio, el subteniente Alejo Zabaraín; Manuel Manrullo; Antonio Suárez; Francisco Arellano; Joseph María Arcos y Joseph Manuel Díaz.

Las víctimas podían divisarse desde palacio, puesto que el virrey había hecho levantar el cadalso frente a sus ventanales, para cerciorarse del fin de sus enemigos.

Se había consumado el sacrificio del grupo de jóvenes que el virrey Sámano había hecho aprehender días antes, por colaborar con la causa patriota. El fusilamiento cerró los ojos de los jóvenes insurgentes y causó estupor entre el pueblo novelero, que no se reponía del terror que en aquel siniestro 1817 hacían reinar Sámano y el ejército español en el territorio de la Nueva Granada. Fue la época de la reconquista, que después de tantos años se recuerda con escalofrío.

El comportamiento de Policarpa, una joven costurera arrogante y bella, de apenas veintiún años, había sido sorprendente para sus victimarios y para su pueblo, que con la boca abierta no atinaba a comprender cómo una frágil muchacha, inteligente y decidida, había podido resistir a la tortura con entereza, dándole ejemplo de templanza y convicción libertaria.

La figura de Policarpa se destacaba del común. De mediana estatura, rostro ovalado, tez aperlada, ojos oscuros almendrados, cejas negras bien delineadas, nariz aquilina, boca carnosa de gesto resuelto, frente amplia y cabello azabache que peinaba con cachumbos esparcidos por los hombros. Era decidida en sus empeños, ágil, voluntariosa, audaz y temeraria.

Desde los momentos mismos de su aprehensión, días antes, en casa de la española Andrea Ricaurte, en donde Policarpa oficiaba como costurera y dama de compañía, supo permanecer firme a su causa, fiel a su ideario. Tan pronto como advirtió la ausencia de los oficiales españoles, enviados por el reconquistador, se las ingenió para hacer la señal cómplice a doña Andrea, y ella, como pudo, echó al fuego el correo que la comprometía como estafeta de los patriotas.

Pero la decisión de los soldados no sufrió mella ante las protestas de la joven y de la dueña de casa, quien los imprecaba por arrebatarle a su colaboradora, que a su juicio era inocente de cualquier sospecha de oposición al régimen.

A empellones, a rastras, la llevaron a los fríos salones de la prisión, en donde la torturaron para que informara sobre los nombres que integraban la red de sus amigos patriotas y dijera la verdad sobre las notas que hacía llegar a los ejércitos libertadores y cuáles eran los planes de estas gentes que andaban por los lados de los Llanos Orientales.

Contra lo establecido, se le hizo consejo de guerra promovido por Sámano. Aseguraban que uno de los correos que ella había enviado a los patriotas de los Llanos Orientales había sido interceptado. El portador, amenazado de muerte, confió el nombre de la bella Policarpa,

confidente de algunos oficiales españoles y agente de primera línea, puesto que gracias a su temperamento festivo, sensual y encantador, mientras rasgueaba la guitarra y contaba anécdotas de su pueblo de San Miguel de Las Guaduas se iba enterando de los movimientos de las tropas españolas.

Además, la acusaban de incitar a los jóvenes militares a desertar para sumarse con armamento y todo a las filas de los patriotas.

Condenada a muerte, pasó a la capilla, en donde fue custodiada día y noche, y asistida por un sacerdote que la conminaba al arrepentimiento y a renegar de la causa patriota. Pero mientras más le insistían en retractarse de la fe en la liberación de su tierra, más se inflamaba en el pecho de la muchacha su llama libertaria, para espantar a sus impugnadores con frases que las gruesas paredes recogían:

—No llores por mí, Lopicito, no sufras por nuestra suerte; nosotros vamos a recibir un alivio librándonos de los tiranos, de estas fieras, de estos monstruos, mientras que ustedes tendrán que seguir sufriendo los rigores y presenciando los sacrificios de sus víctimas... Si por azar, tú sobrevives a esta mortandad, y te hallas a la restauración de la libertad, tendrás que vengarme como compatriota, como amigo, como compañero...

José Hilario López, el oficial de guardia, que la había mirado de reojo cuando pasaba por el corredor contiguo a la capilla, tenía los ojos anegados en lágrimas.

Había sido compañero de Alejo Zabaraín y de otros de los condenados; además, le guardaba especial afecto a Policarpa desde la infancia. Por eso, siguiendo el grito de su corazón, suplicó al oficial cubano Manuel Pérez Delgado, encargado interinamente de la compañía, que lo relevara del difícil oficio de custodiar a los patriotas, puesto que él había compartido trozos de su vida con ellos. Después de renovar su demanda, logró que le quitaran esa lacerante misión y lo ubicaran en alguna esquina de guardia, pero sin tener que controlar directamente a los reos.

López escuchó los diálogos entre la patriota, exacerbada por los interrogatorios y las palabras soeces, y los sacerdotes que le hablaban de la salvación del alma y de reniegos:

—Sus palabras caen en vano. Si la salvación de mi alma consiste en perdonar a los verdugos míos y de mis compatriotas, no hay remedio, ella será perdida. Porque no quiero perdonarlos ni consentir en semejante idea. Déjenme desahogar de palabra mi furia contra esos tigres, ya que estoy en la impotencia de hacerlo de otro modo. ¡Con qué gusto viera yo correr la sangre de estos monstruos de iniquidad! Pero ya llegará el día de la venganza, día grande en el cual se levantará del polvo este pueblo esclavizado y arrancará las entrañas de sus crueles señores. No está muy distante la hora en que esto suceda, y se engañan mucho los godos si creen que su dominación puede perpetuarse...

—Mujer, modere sus palabras. Pídale a Dios resignación —insinuó el sacerdote.

—Todavía viven Bolívar, Santander, Páez, Monagas, Nonato Pérez, Galeano y otros fuertes caudillos de la libertad. A ellos está reservada la gloria de rescatar la patria y despedazar a sus opresores.

—Contrólate, muchacha. En nada ayudas a mejorar tu suerte con ese lenguaje soez. Ya no es tiempo de pensar sino en la salvación de tu alma.

—Acepto su consejo, a condición de que me fusilen ya mismo, pues de otra manera será imposible guardar silencio al ver a los tiranos de mi patria y asesinos de tantos americanos ilustres. Mil veces les repito que pierden el tiempo exhortándome a la moderación y al perdón de mis enemigos.

—No es hora de odios. Hay que perdonar...

—No esperen que me humille hasta allá, semejante bajeza solo es propia de almas muy miserables. La mía, a Dios gracias, ha recibido un temple nada vulgar.

—Contente, mujer. Quizá si olvidas los rencores logres conmover al señor virrey Sámano, tan...

—Generoso y compasivo, dirán —replicó la Pola en tono irónico—. La generosidad no cabe en el pecho de los opresores. Ellos no se aplacarán ni con la sangre de sus víctimas...

—¡Cállate, que te pueden escuchar los oficiales, allá afuera!

—¿Pretenden ustedes que yo conserve mi vida a cambio de la clemencia de mis verdugos? Qué poco me conocen. No pretendo que me perdonen, porque el cautiverio es todavía más cruel que la misma muerte.

Acertó a pasar en ese momento por la puerta de la capilla el teniente coronel José María Herrera, americano, fiel a la causa española, quien al ver a la Pola, le dijo en tono burlón:

—Hoy es tigre, mañana será cordero.

—Ustedes, viles miserables, miden mi alma por las suyas. Ustedes son los tigres y en breve serán corderos. Hoy se complacen con los sufrimientos de sus inermes víctimas, y en breve, cuando suene la resurrección de la patria, se arrastrarán hasta el barro, como acostumbran. Tigres, sáciense si esto es posible, con la sangre mía y la de tantos incautos americanos que se han confiado en sus promesas...

El teniente coronel pasaba colores, el rostro se le descomponía mientras escuchaba la recriminación a grito herido de Policarpa. No osó adentrarse en la capilla y los centinelas tuvieron que contener a la muchacha para que no se lanzara a arañarlo. No se atrevió a decirle una palabra más y se borró de su boca el gesto de mofa que había mostrado al llegar a la puerta de la capilla.

—Monstruos del género humano —continuó Policarpa—. Enciendan ya las hogueras de la inquisición,

preparen la cámara del tormento y ensayen conmigo si soy capaz de dirigirles una sola mirada de humildad.

Los sacerdotes estaban alelados. No entendían cómo la muchacha sacaba ánimos para increpar a sus victimarios aún a las puertas del patíbulo. No había tregua. No tenía un momento de flaqueza. El llanto no afloraba en sus pupilas. Un fuego interno la consumía y la hacía fuerte, como un roble rosado erguido de los que sombreaban las calles de la Villa de Guaduas, aunque su voz se tornaba melodiosa y flexible como el chusque cuando hablaba de su amor por Zabaraín, el muchacho hondano a quien amaba intensamente. Su voz se tornaba firme, era una flama, invocando la causa patriota:

—No entiendo por qué van a fusilar a Alejo... ¿Solo porque lo amo, aunque no le han probado nada? El amor es más fuerte que todo, es la única cadena que nos libera, amigos míos.

López, desde la esquina del corredor, alcanzaba a auscultar los diálogos de Policarpa, pero continuaba con los ojos empañados de lágrimas. De pronto, un compañero lo increpó:

—Es mejor que te seques las lágrimas porque te pueden acusar de cómplice. En tiempos de guerra no hay consideraciones con nadie.

El joven militar abrió tamaños ojos, rastrilló el reverso del puño de la casaca contra los párpados y habló a su corazón:

—No estoy hecho para resistir estos trances... Es una prueba demasiado dura ver a mis amigos humillados, azotados, vejados.

Dio dos pasos hacia la esquina para que sus oídos no registraran más el horrendo diálogo de la muerte. Pero hasta sus oídos jóvenes llegaban los gritos de Policarpa:

—Que los españoles me injurien, no me extraña, porque ellos jamás se condolieron ni de la edad, ni del sexo ni de la virtud, pero que un americano se atreva a denostarme, apenas es creíble. Quítense de mi presencia, miserables, y prepárense para festejar la muerte de las víctimas que van a inmolar mientras les llega su turno, que no tardará mucho tiempo...

Otro oficial, a quien llamaban Salcedo, vino a sumarse al corrillo de acusadores de la víctima. Mirándola de arriba abajo, dijo en tono airado:

—Traigan una mordaza para esta infiel, sacrílega, blasfema.

Delgado, el primer oficial que la injurió, replicó entonces:

—Una jaula perpetua debería ser su abrigo si no estuviera condenada a muerte. ¡Es una loca furiosa!

Herrera, el teniente coronel al mando, coreó:

—Loca, loca furiosa...

Ni un segundo dejó de vociferar la patriota. Su alegato encendido se escuchó hasta el amanecer, cuando las campanas de la catedral cantaron llamando a misa. Alguien quiso ofrecerle una copa de vino, pero ella la rechazó diciendo:

—Ni una gota de agua de mis victimarios. Una mujer digna no puede inclinarse ante la vileza.

El día fue abriéndose. La neblina se rasgó por los lados de los cerros, pero aún con un tinte grisoso, pringando la atmósfera santafereña; se escucharon los dobles para que el cortejo saliera de la capilla hacia la Plaza Mayor. La Pola encabezaba la procesión, custodiada por los sacerdotes empeñados en ayudarla a buen morir. Ella se resistía, no quería caminar hacia el cadalso. Gritaba a toda garganta:

—Sacrifíqueme aquí. ¡Ya mismo!

López no había podido conseguir que lo relevaran de integrar el cortejo de los ajusticiadores. Iba marchando en la segunda fila de la escolta de los victimarios. Su espíritu se sublevaba y sentía opresión en el pecho. Rebuscó en la memoria argumentos para salir del apuro, y alegó:

—Señor oficial, mi fusil no funciona bien. Se traba.

El cabo abrió la mano y recibió los cuatro reales que López le donaba a cambio del relevo de su misión mortal. Suspiró; la marea de su pecho amainó y en silencio agradeció al Señor: Gracias, diosito, por ahorrarme este

dolor de ser un asesino. No hubiera podido seguir vi-
viendo si me hubieran obligado a apretar el gatillo.

El silencio fue cortado por los gritos aún más agudos
de Policarpa:

—Por Dios, fusílenme ya. No resisto ver a un ameri-
cano ejecutor de estos asesinatos.

Y dirigiéndose al oficial Córdoba, lo increpó con to-
das sus fuerzas:

—¿Cómo puede usted testificar y autorizar estos
asesinatos? Pido que no me torturen más viendo tanta
bellaquería... No resisto ver a estos imbéciles america-
nos, como instrumentos ciegos del exterminio de mi
patria.

—Sufre con paciencia, hija, estas últimas impresiones
con que la Providencia quiere probar tu resignación...
A imitación del Salvador, perdona a tus enemigos y mar-
cha hacia el patíbulo para que te sean perdonados tus
pecados... —insistió el sacerdote anciano.

—Observaré sus consejos, menos en lo que concierne
a perdonar a los godos. No es posible que yo perdone a
nuestros implacables opresores...

—La humildad es el don máspreciado de una mujer...

—Si una palabra de perdón saliese de mis labios sería
dictada por la hipocresía y no por el corazón... Vengan-
za, compatriotas, muerte a los tiranos.

—Recemos, hija... Vamos con el padrenuestro... —insinuó de nuevo el cura.

Policarpa dejó de mirar a los oficiales y a los sacerdotes y puso sus ojos en el pueblo que se agitaba para presenciar el sacrificio. No pudo contenerse al verlos apiñados, como curioseando el espectáculo mortal. Les gritó entonces a todo pulmón:

—Pueblo indolente, cuán diversa sería vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir esta muerte y mil muertes más...

Unas palomas asustadas, que rondaban por los tejados de la Plaza Mayor, alzaron vuelo hacia los pinares. Policarpa las vio alejarse y continuó:

—Miserable pueblo, yo os compadezco; algún día tendréis más dignidad.

Una voz masculina, ronca, la conminó a subir al banquillo y dar la espalda, pues debía ser fusilada así por traidora, según el veredicto del consejo de guerra. Alcanzó a divisar la figura esbelta de Alejo Zabarain, ya junto a la horca, y al viento le dijo:

—El amor y el dolor nos unieron en este mundo, la crueldad de un tirano nos separa momentáneamente; en el cielo nos volveremos a ver para siempre, por eso no te digo adiós, sino hasta luego.

Su sueño eterno quedó, pues, marcado por el signo del amor. Lo recordó entonces en los años de su

adolescencia cuando Alejo, de paso por Guaduas, hacía las jornadas Honda-Bogotá, visitándola en la posada que su padre Joaquín Salavarieta había instalado en el Camino Real.

La visión del amor se fue esfumando a medida que el humo que salía de la boca de los fusiles era barrido por el aire sabanero.